

EL DE AL LADO

Desde que empezó a crecer, de esto ya pasaron más de diez años, odió con toda su fuerza al otro, al de al lado. El siempre se había sentido el mejor de todos, el más bello, el más admirado, el deseado por miles de seres. Su desgracia, el motivo de su infelicidad, al que por más que quería no podía dejar de ver día y noche, era ese otro. Sabía que era igual a él y eso le dolía en lo más profundo de su alma. Nadie puede ser igual a mí, se decía a sí mismo. Lo veía y se imaginaba que estaba viendo a un espejo, de tan parecido que resultaba. El mismo perfil, el mismo porte, el mismo embeleso a quien lo viera.

Era soberbio, cosa que él ignoraba, de la misma forma que casi todos ignoran sus vicios. Gustaba lucirse donde iba, gustaba vestir las mejores telas, gustaba, sobre todo, que a los que lo vieran se les cayera la baba, abrieran mucho la boca y los ojos, se trataran de acercarse a él para rozarlo, para tocarlo. Pero el otro iba al mismo sitio, se vestía con las mismas telas y era igual de admirado.

¡Maldito, desgraciado, he de terminar con él! Eso decía cada mañana al verlo tan cercano, pero nada podía hacer. Carecía de un arma para matar, para cortar, para desfigurar. Lo más seguro que de tenerla tampoco la hubiera podido usar, él era perfecto en todo y un crimen lo mancharía.

Días, semanas, meses utilizó en pensar la forma de lesionar a su vecino, de hacer que se fuera de ahí, de transformarlo, para mal por supuesto. Y nada pudo.

Recurrió por último a lo que menos hubiera pensado. Fue con un brujo. Sí, no se asusten ni pongan esa cara. ¿O es que acaso alguno de ustedes le pudo aconsejar algo que sirviera, algo que tuviera impacto?

¿ Verdad que no?

El brujo le dijo que él tampoco le podía hacer nada al vecino, que estaba bien protegido. Que olvidara el asunto.

-Pero es que yo tengo que ser más que él. Si no es así me voy a morir y eso no quiero.

- Está bien, dijo el hombre encendiendo una vela y colocándola frente a una calavera. A él no puedo hacerle nada pero sí a ti.

- ¿A mí?

- ¿No quieres ser mayor que el otro?

- Sí, eso quiero.

Pues lo serás, dijo mientras echaba un chorro de su saliva sobre el solicitante.

No pasó mucho tiempo en que empezó a notar que crecía, que era más fuerte, más duro. ¡Al fin somos diferentes y yo soy más que él! Gritaba más que hablaba.

Ya puede usted vestirse señora, dijo el médico, con pena tengo que decirle, continúo, que tiene usted varios miomas en su seno derecho, el izquierdo está totalmente sano. Tendremos que extirparle ese pecho como precaución para evitar que se vuelva canceroso.

Tomás Urtusástegui

2006